

por lo demás común en la condición humana. Nos queda la impresión de que su rica sustancia humana se sacrificó aquí en aras de su posible ejemplaridad social, o de las virtudes de la causa, o de lo edificante de su protagonismo. Una mayor audacia para trazar las sombras del personaje habría resaltado mejor sus luces. Sin unas ni otras, el cuadro global de *Mi vecino el Presidente* se opaca en una luminosidad difusa, donde, igual que en el crepúsculo hegeliano, todos los gatos son pardos.

IGNACIO VALENTE

LA INSURRECCION

De *Antonio Skármeta*

Editorial Planeta, Santiago, 1989, 232 págs.

<https://doi.org/10.29393/At461-22INIV10022>

Antonio Skármeta (1940) fue el más brillante narrador de su generación, y trajo al cuento y a la novela chilena aires renovadores de una indudable frescura juvenil. Hoy regresa de Alemania cargado de fama. Se nos informa que esta nueva novela suya ha sido traducida a diez idiomas, y se ha hecho de ella una película. Se me ocurre pensar que tal éxito se debe en buena parte al tema: al hecho casi extraliterario de ser una novela sobre la revolución sandinista en Nicaragua, porque en su propia hechura narrativa castellana —y a pesar de su evidente amenidad— no hay méritos formales suficientes que expliquen del todo tal difusión, no obstante el interés épico que sin duda poseen sus mejores páginas. En conjunto, la obra resulta demasiado desigual.

El primer interrogante formal que nos hacemos ante una novela de este tipo se refiere a la manera como el autor ha resuelto el difícil problema de los protagonismos colectivos y los movimientos de masas. Skármeta ha seguido, en este aspecto, un esquema más bien clásico y sumamente efectivo: ha explorado las incidencias de la revolución sobre un pequeño puñado de vidas mínimas de la ciudad de León, que se agitan locamente a su ritmo febril: un cartero, una niña bonita, su novio guerrillero, su hermano soldado de Somoza y luego desertor, un capitán y un sargento del mismo bando, un peluquero, otro guerrillero.

El sandinismo brota aquí espontáneo del corazón del pueblo como una revuelta incontenible y justa; el somocismo, por el contrario, está entregado a la crueldad sin tregua de los poderosos que sólo representan sus propios intereses. Este reparto del bien y el mal se prestaba para una descripción maniquea de la realidad social en blanco y negro, pero Skármeta sortea con habilidad el obstáculo, pues la justicia y la maldad quedan sobriamente plasmadas en la objetividad de las figuras, situaciones y personajes, sin que aparezca casi nunca la interferencia de la voz del autor como juez moral de sus propias creaturas.

Los resortes del dramatismo y del suspenso están desigualmente repartidos a lo largo de la obra. Por simplificar, diré que ellos son más escasos en la primera mitad del libro, cuya entrada en materia, a pesar de la rapidez de los episodios y de su montaje caleidoscópico, es una entrada lenta, a ratos farragosa. La segunda mitad, en cambio, es amenísima y se anima visiblemente con episodios agitados e interesantes, entre los cuales destacan la deserción de Agustín, la violación de su hermana por el sargento —escena más bien efectista y fácil—, el asalto somocista al campanario de León, el atentado de fuego contra el Comando y, finalmente, el apogeo de la insurrección popular. La diferencia de ritmo narrativo entre la lentitud inicial y la rapidez final es visible: es un ritmo uniformemente acelerado, que convence bien de la mitad en adelante.

El lenguaje narrativo está hecho de textos varios —monólogos, parlamentos, hasta un poema en prosa de Neruda— y se alterna con trozos de carácter documental: informes militares, poemas de los protagonistas y, sobre todo, cartas. Cada cierto trecho se hacen esfuerzos sensibles por animar con el lenguaje poético la rutina del relato. Este lirismo, no obstante, queda más bien superpuesto que fundido en el lenguaje global. La escritura de la primera parte de la novela —hasta bien entrada la mitad— es vacilante, y carece todavía de aliento social. A partir del capítulo XXIII se desencadena vertiginosamente el logrado acento épico de la revolución triunfante. El lenguaje de la acción, que no había tenido el momento de manifestarse, fluye rápido y bien a medida que la novela se precipita hacia su apoteosis final.

Insurrección está escrita en un castellano que no es el chileno, sino el habla coloquial nicaragüense. Al idioma le falta a ratos claridad narrativa; sobre todo en la primera parte, cuando la novela parece no haber prendido aún, hay frases que es necesario leer dos veces para no perder el significado. A veces se incurre en cierto exceso de detalles que bien pueden darse por supuestos cuando la prosa es lo bastante esencial; es el caso de muchos movimientos obvios de este tipo: “Flores extrajo una cajetilla de *Camel* desde el bolsillo de su guerrera, se puso el tabaco en la boca y mordió su punta antes de aplicarle la llama del encendedor de plata”. Salvo el mínimo detalle de la plata, que puede ser revelador, el resto es puro relleno. Otro ejemplo: el gesto de secarse el sudor aparece repetido con demasiada frecuencia.

De la prosa de esta novela hay que decir, aun a riesgo de una reiteración, que se despereza lentamente, para fluir con limpidez sólo a medida que avanza y, sobre todo, a medida que se acerca el final. A veces asemeja la traducción castellana a partir de algún idioma extranjero: ¿producto del exilio? Un botón de muestra: “Aunque ella estaba transida de seriedad, Agustín supo leer la risa oculta que le empujaba el cutis, el germen de esa lámpara que encendía lo que se le ocurriera mirar, la alegre trampa donde metían sus pezuñas los seductores profesionales o amateurs seguros de sus técnicas en las primeras escaramuzas y que a la altura de las finales rondaban pálidos de amor la esquina de la casa o acechaban el portón del liceo con la única esperanza de escamotearle una sonrisa”.

Incurriendo de nuevo en una simplificación, diré que la primera parte de la novela está dedicada a definir los caracteres individuales, y que en la segunda se hace presente el protagonismo colectivo. Pues bien, los personajes singulares son algo esquemáticos o desvaídos; no hay sobre ellos un verdadero trabajo psicológico o existencial: son casi emblemas de fuerzas impersonales, como la revolución o el oficialismo. Esta condición representa una carencia sólo en la primera parte, no así en la segunda, cuando el ímpetu de los movimientos sociales y de la acción física hace casi superflua la individualización de los caracteres en aras de los acontecimientos colectivos, que están trazados con mano segura, a ratos con mano maestra.

Skármeta es el dueño indudable de un experimentado oficio narrativo, que se hace presente en la habilidad del montaje, con seguras huellas del arte cinematográfico. La película está aquí a flor de novela por así decirlo. No obstante, en *La insurrección* se echa de menos aquella frescura juvenil de los primeros relatos del autor, y la espontaneidad de su antigua prosa. Es cierto que el desafío de esta novela es tal vez el mayor que haya enfrentado Skármeta, porque narrar una odisea colectiva como el sandinismo presenta dificultades completamente específicas y arduas. A pesar de todo, me hubiera gustado que la dificultad intrínseca de esta empresa, sorteada con notable oficio, no hubiera dejado de lado las excelentes virtudes narrativas que el autor exhibió en libros tan memorables como *Desnudo en el Tejado* o *El Entusiasmo*.

IGNACIO VALENTE